



UNIVERSIDAD DEL
AZUAY

s e r i e

Ensayos

Colombia - Ecuador

Un ejemplo de convivencia

Rodrigo Aguilar Orejuela

Número 1
Enero • 2004
Cuenca - Ecuador

PRESENTACIÓN

Las relaciones entre Ecuador y Colombia tienen una larga historia que arranca desde los tiempos de la América indígena. Tradiciones culturales comunes y contactos permanentes han marcado un especial tipo de relaciones que han enriquecido a los dos países y han contribuido a estrechar lazos humanos así como a constituir vínculos sociales muy característicos.

Estos últimos años esas relaciones han adquirido una particular connotación a través de los fenómenos de la violencia y el narcotráfico que afectan al vecino país. Para nadie es desconocido que esos negativos procesos han involucrado al nuestro y han creado nuevos escenarios que son necesarios conocer y analizar para entenderlos mejor.

La Universidad del Azuay tiene dentro de sus objetivos el de contribuir al análisis y mejor conocimiento de nuestra realidad, contexto dentro del cual creó el Concurso Nacional de Ensayo que, en esta primera versión, se convocó sobre el tema ECUADOR Y COLOMBIA: PAZ Y DEMOCRACIA. Se presentaron al Concurso once trabajos y el Jurado resolvió adjudicar el Primer Premio al ensayo *Colombia – Ecuador: un ejemplo de convivencia*, cuyo autor es el periodista Rodrigo Aguilar Orejuela.

La presente publicación es, entonces, resultado de este concurso que la Universidad del Azuay seguirá manteniendo en el futuro para contribuir al desarrollo del pensamiento crítico y propositivo sobre temas importantes para la sociedad ecuatoriana.

Mario Jaramillo Paredes
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DEL AZUAY

COLOMBIA Y ECUADOR: UN EJEMPLO DE CONVIVENCIA

***"Doscientos cincuenta milla
se oyó mi voz de clarín,
cuando canté en Barranquilla
con el sabio de Berlín."***

- Extracto de una décima popular anónima

***"Lo gozan aquí en Colombia
y también en Ecuador,
que como mi son
ay, no hay señor."***

- Orquesta La Especial

La población de la ciudad costeña de Esmeraldas, capital de la provincia homónima ubicada al noroeste del Ecuador, es mayoritariamente de origen afroecuatoriano. Pero ha sido también constante en su composición la presencia de una buena parte de indígenas autóctonos (chibchas a los que despectivamente se llamaba cayapas, y cuyos parientes ecuatorianos más próximos son los Colorados) asentados sobre el territorio de la antigua cultura Tolita, conocida por haber fundido el platino once siglos antes que lo hiciesen los europeos; de blancos y mestizos, de descendientes de indígenas manabitas y descendientes de libaneses, de colombianos que arribaron en épocas que se pierden en la memoria, de serranos que salieron de Imbabura, Pichincha, Carchi y Tungurahua; de negros cuyos ancestros arribaron mucho después desde la lejana Jamaica y dejaron una descendencia con apellidos ingleses, y hasta de la prole más o menos secreta de uno que otro sacerdote católico italiano. Como resultado no se ha obtenido un tipo especial de esmeraldeño, pues éste puede estar representado por cualquiera de las mezclas derivadas de ese intercambio socio-cultural, más allá de la habitual pero cansina sonrisa racista al referirse a una tierra mayoritariamente afro. La provincia entera se halla habitada por una población que en su mayoría tuvo antepasados negros procedentes de diferentes tribus y países del continente africano, pero que a la vez se enorgullece a cada paso de la leyenda, cierta o no, de que fue el primer pueblo negro libre en territorio americano. Eso si se consideran las posturas de quienes se proclaman descendientes de un personaje cuya existencia

histórica no ha sido lo suficientemente esclarecida, Alonso de Illescas,¹ y de los posteriores hombres libres y rebeldes conocidos en toda la Real Audiencia de Quito y en la misma España como cimarrones.² Esa misma circunstancia sería una de las explicaciones de la idiosincrasia del afroesmeraldeño, cuya lucha por el reconocimiento de sus derechos no implicó el dramatismo de aquella emprendida por los esclavos africanos y su descendencia en las colonias inglesas, posteriormente Estados Unidos. En ambos hay orgullo por la cultura de la que se es portador, mas la medida de aquel sentimiento resulta en este último casi desbordante. El estadounidense ha llegado a ejecutar verdaderas prácticas, justificándose en actitudes que juzga históricas, de racismo y xenofobia que antes atribuía a la mayoría blanca. De ahí entonces que una buena parte de la discriminación que sufren muchos hispanoamericanos en ese país, provenga de ciudadanos norteamericanos negros. El afro-ecuatoriano, por el contrario, donde más siente en la actualidad este tipo de discriminación es en las urbes en las que antes casi no habitaban sus congéneres, o en las que hasta el siglo XIX se daba aún la esclavitud. No sucede igual, o por lo menos ya no, dentro de su provincia, porque allí existe una conciencia clara y definida de lo que son sus derechos.³

Esmeraldas no es solo la provincia verde de la que se habla en los textos escolares de los niños ecuatorianos. En realidad pertenece a un sector mucho más grande con características peculiares tanto en lo cultural como en lo geográfico: el Chocó. Tales características las comparte con amplias

¹ Hay quienes lo consideran historia y quienes lo han interpretado como una leyenda y hasta un mito. Lo cierto es que la mayoría de los habitantes de la provincia acepta como verdadero, y verosímil, el relato aquel de que el primer grupo de esmeraldeños africanos estuvo constituido por varios esclavos que escaparon de un barco negrero encallado en las costas de ese territorio, de propiedad del sevillano Alonso de Illescas, de quien conforme la costumbre el posterior y legendario líder negro adoptará el homónimo.

² Testimonio gráfico real de la existencia de estos legendarios habitantes de la selva esmeraldeña es el óleo *Los cimarrones de Esmeraldas*, que data del año 1599 y es atribuido al pintor amerindio Andrés Sánchez Gallque. Según Charles Beatty Medina, del *Center for Latin American Studies-Brown University*, para el entonces oidor de la Real Audiencia de Quito, Juan Barrios de Sepúlveda, "esta pintura significaba el testimonio de lo que indudablemente fue su más celebrada empresa, la reducción pacífica de los cimarrones de Esmeraldas." Charles Beatty Medina, *El retrato de los cimarrones de Esmeraldas*, In *Ecuador-España: Historia y Perspectiva*, Embajada de España-Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador, Quito, 2001, p. 18.

³ Actualmente en funciones, Ernesto Estupiñán, de las filas del marxista-stalinista Movimiento Popular Democrático, es el primer alcalde negro elegido democráticamente en Esmeraldas y en el Ecuador.

zonas de Colombia y de Centroamérica, al extremo de que no resulte extraño encontrar en torno a Esmeraldas, en el Ecuador, y alrededor de Tumaco, en Colombia, auténticas familias cuyos miembros habitan a uno y otro lado de la invisible frontera política que las separa. Como consecuencia, por supuesto, la presencia de todo un intercambio de comercio y cultura, de bienes materiales e intangibles que han ido configurando al habitante de la zona.

Ese tipo de hermandad, demostración fehaciente de la inutilidad de las fronteras y los sistemas políticos, no ha sido ni identificado ni considerado como una realidad por los gobiernos de ambos países, pese a lo absurdo de semejante posición. Desde Santa Fe de Bogotá, la región apenas ha sido vista como lugar de contrabando y de escaramuzas de las guerrillas y los narcotraficantes, en tanto que desde San Francisco de Quito es como si no hubiese existido aun a pesar de tener entre sus selvas puntos estratégicos como el olvidado San Lorenzo. Mientras se esperaba la atención de los centros de poder, sus habitantes intercambiaban todo lo intercambiable y han continuado haciéndolo desde épocas ancestrales. Solo para poner un ejemplo, hasta hace algunos años las principales señales de televisión que se podía sintonizar en los pueblos fronterizos del norte de la provincia, eran emitidas por estaciones televisivas de Colombia. El Ecuador era más bien una realidad presente a partir de las constantes arbitrariedades de muchos miembros de la Armada, cuyo trabajo de vigilancia y control de la zona fronteriza marítima llegó a convertirlos, en pueblos como San Lorenzo, en odiadas figuras representantes del lejano poder estatal. El Ecuador se volvía una realidad cuando se visitaba la capital de la provincia, para lo cual hasta no hace muchos años había que viajar una noche entera a bordo de frágiles barcos, pero no así en asentamientos demográficos apenas separados de otros pueblos colombianos por unos pocos kilómetros remontables en lancha a motor.

LIBERALES Y CONSERVADORES

Como pueblos con trasfondos históricos muy similares, el siglo XIX y parte del XX transcurrieron en los dos países signados por las luchas entre liberales y conservadores. Al igual que el resto de América Latina, esta vieja contienda política originada en Europa ocupó gran parte de los esfuerzos,

recursos y años del continente, al punto de que fue normal que conviviesen en una misma época varios estadios políticos e históricos, además de varias corrientes: la conservadora, la liberal, la socialista, la comunista y, a partir de los ochentas, también la ecologista. Cuando el problema se recrudecía en territorio colombiano, algunos habitantes decidían atravesar el río, es decir la frontera, y establecerse con sus canoas, peculios y familias en cualquier sitio más o menos hópito de la selva esmeraldeña. A veces, sin embargo, las circunstancias se volvían más adversas en el país huésped, cuando las guerras civiles entre uno y otro bando eran más bien encarnizados combates entre serranos y costeños, entre soldados blancos y mestizos con acento andino y negros, blancos y mestizos costeños apenas armados con sus temibles machetes. Y mientras en el sur el asunto político se fue dispersando en varios partidos y en nuevos intereses, la contienda liberal-conservadora colombiana se iba complicando cada vez más, como una bomba de tiempo que al explotar provocaría una reacción en cadena cuyo final nadie sabe cuándo ocurrirá, aunque la mecha fue encendida hace cincuenta y cuatro años atrás, con el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán y el pacto de alternancia del poder con el que se excluía a otras fuerzas políticas que no fuesen liberales o conservadoras.

Cada colombiano y cada ecuatoriano, para evitarse problemas en épocas de convulsiones castrenses y civiles, solían portar consigo el distintivo de sus banderas, mas no siempre encontraban el interlocutor, militar o no, con la suficiente educación como para respetar ese tipo de símbolos. Además de otros procesos a los que se podría denominar migratorios, fue esa la forma en que lentamente irían asentándose y reproduciéndose, en ambos lados de la división política, familias con apellidos característicos de la zona: Obando, Escobar, Ponce, Alarcón, Betancourt, Quiñónez, Orejuela, Bennett, Marrett, Díaz, Cangá, Estupiñán, Muñoz, etc. Aparte de la todavía existente afirmación obvia de que unos y otros son hermanos, para los habitantes del noroeste ecuatoriano y del suroeste colombiano decirlo es simplemente una redundancia. Y esta es, por supuesto, una forma de ver al conflicto colombiano, desde el Ecuador, menos dubitativa que aquella esgrimida por la prensa quiteña o guayaquileña, cuencana o manteña, de si nos debemos involucrar o no en el conflicto del otro país. El recordado escritor esmeraldeño Nelson Estupiñán Bass, de padre colombiano, evocaba en sus

memorias un episodio revelador de esas formas de relacionarse con los hermanos colombianos, en una de las épocas más convulsas de Esmeraldas y del Ecuador:

No recuerdo haber presenciado escena alguna de la revolución de Concha (1913 - 1916), ni siquiera el bombardeo de la ciudad (1914), del que conservo la pintura vívida que me hicieron papá y mamá. Por ser Plascencio Trujillo el más poderoso comerciante y cónsul de Colombia, cuando ya se conoció la amenaza del bombardeo que llevarían a cabo los buques del gobierno, anclados en el puerto, a la ciudad, ocupada por los conchistas, muchos pobladores, creyendo inexpugnable la casa que ostentaba el letrero *Propiedad Colombiana*, consiguieron del propietario depositar en ella sus pertenencias. Mamá llevó allí dos baúles y su máquina Singer de coser. Mas, la pena llegó en los primeros momentos, pues la primera casa impactada fue la de Trujillo, quizás por hallarse en el malecón.⁴

MANIFESTACIONES CULTURALES COMUNES

Otra manera de constatar esa realidad común y ese bagaje cultural es a través de la literatura oral. Quien más esfuerzo y tiempo ha dedicado a este aspecto, concretamente a las décimas esmeraldeñas, ha sido la catedrática, crítica e investigadora ecuatoriana Laura Hidalgo Alzamora. En su exhaustivo estudio sobre las décimas de Esmeraldas cita entrevistas personales con el historiador Jorge Núñez y con el sacerdote comboniano Rafael Savoia, en las que se toca el tema del parecido socio-étnico de ecuatorianos y colombianos del sector. Para el primero, son los negros que arriban a Esmeraldas, tras el legendario naufragio, los que se extenderán después hasta Tumaco y Buenaventura llevando consigo su heredad e influencia cultural. Para el segundo, en cambio, fue a través de las diferentes migraciones llegadas desde Colombia que se extendieron a Esmeraldas formas y contenidos de la Décima.

Sin llegar a un criterio definitivo y sin reparar en la realidad común en forma de un todo, como proponemos en este trabajo, la investigadora señala

⁴ Nelson Estupiñán Bass, *Este largo camino*, Banco Central del Ecuador, Quito, 1994, p. 27.

casos en que la comunicación con el sur colombiano ha sido mayor que con las dos principales urbes ecuatorianas. No olvidemos que poblaciones como San Lorenzo y la isla de Limones están mucho más cerca, desde el punto de vista geográfico, de la población colombiana de Tumaco que de la ciudad de Esmeraldas:

En nuestros días, el tránsito marítimo de pequeñas embarcaciones mantiene unificadas las dos regiones y la comunicación es constante. Hay casos de negros esmeraldeños que visitan a menudo el sur colombiano, pero no han estado nunca en Quito o Guayaquil. Los inmigrantes colombianos son también numerosos, y muchas familias esmeraldeñas dicen tener ascendencia colombiana. En todo caso, la poesía popular no reconoce fronteras artificiales.⁵

A diferencia de los respectivos procesos de urbanización vividos tanto en el resto de Colombia como en las demás provincias del Ecuador, en esta zona las características de la transformación cultural operada han sido muy peculiares. Así, luego de siglos de haber vivido compartiendo elementos de inusitada riqueza afroamericana con matices que fueron evolucionando y definiéndose como propios, la inevitable llegada de la atracción urbana y con ella de una tecnología moderna que pese a lo incipiente no dejaba de mostrarse sumamente atractiva para estos pueblos, se pasó también a compartir un nuevo signo de identidad. El eje cultural articulador de antaño, la marimba, y los distintos ritmos africanos con que eran acompañadas sus melodías, irían lentamente siendo desplazados por el arribo de los tocadiscos y la radio, y con ello la llegada apoteósica de ritmos similares pero originados en países caribeños como Cuba, Puerto Rico o República Dominicana, y que culminaría simplificándose con el denominado fenómeno *salsa*. El antropólogo ecuatoriano Marcelo Naranjo explicaba los pormenores de ese proceso en una investigación sobre la cultura popular en el Ecuador:

"La modernización de la sociedad ecuatoriana ha devenido en la provincia de Esmeraldas [...] en la introducción masiva de la radio, del tocasettes y de los equipos de sonido, y con ellos de nuevos ritmos y nuevos bailes. En

⁵ Laura Hidalgo, *Décimas esmeraldeñas*, Visor Libros, Madrid, 1990, p. 49.

la medida en que la red eléctrica fue extendiéndose desde el eje urbano hacia las zonas rurales y en que, paralelamente, se amplió la utilización de plantas eléctricas locales (mediante motores) en aquellos sectores más aislados, comenzaron a proliferar los "salones", sitios de diversión en los cuales el consumo de bebidas gaseosas y alcohólicas, la emisión de música no tradicional a través de aparatos electrónicos y el baile durante los fines de semana, aparecían paulatinamente como los aspectos externos de uno de los mecanismos actuales más significativos de cohesión social. Los "salones" reemplazaron rápidamente a las casas de marimba, y el bambuco y otros ritmos tradicionales cedieron su lugar a ritmos tropicales de origen básicamente centroamericano y antillano con ciertas raíces afro, entre los que, a la larga, descartaría [destacaría] nítidamente la salsa." ⁶

LA SALSA COMO FENOMENO SOCIAL

La vecindad del Ecuador con Colombia no puede ser considerada una simple cuestión geográfica o política, desde el momento en que los ecuatorianos se percaten de que son vecinos, en el océano Pacífico, de un país que al mismo tiempo es también caribeño, y que en esa zona posee dos de sus más importantes ciudades: Cartagena y Barranquilla. Esa es la realidad: Ecuador limita al norte con un Estado caribeño, por lo menos en la teoría que aprendimos en las escuelas (al parecer, hace tiempo ya que el Estado colombiano ha dejado de tener presencia política y militar en la zona, controlada sobre todo por los guerrilleros). No se puede negar que también se comparten la vecindad en el Pacífico, así como las realidades andina y amazónica, más difundidas por los medios de información. A este punto no se le ha prestado mayor atención quizá por la lejanía del Caribe respecto a la ubicación ecuatoriana.

Pero el proceso vivido hasta que estas poblaciones adopten como símbolo de identidad cultural a la *salsa*, no fue en realidad tan rápido como algunos investigadores han pretendido. El arribo de lo afro-antillano fue paulatino y tuvo sus propias características. No entraría a través de Quito o Guayaquil,

⁶ Marcelo Naranjo et al., *La cultura popular en el Ecuador*, Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares, Cuenca, p. 221.

las dos ciudades con aeropuertos internacionales, sino a través de las vías naturales de ingreso por la frontera y del propio puerto esmeraldeño, no solo el más cercano, geográficamente hablando, a las ciudades del Pacífico colombiano, sino también a Colón, la zona franca de Panamá. Los marineros de ambos lados de la frontera eran individuos acostumbrados a recorrer medio mundo a bordo de cuanto barco pesquero, carguero o petrolero arribase a sus costas. En sus periódicos retornos, además de traer consigo mercadería consistente en ropa o comestibles que por entonces solo era posible encontrar importados del exterior o como contrabando, gran parte de la carga la constituían discos de personajes como Celia Cruz, Benny Moré, Orlando Contreras, la Sonora Matancera o Los Guaracheros de Oriente, solo para hablar de la Cuba anterior a 1959, que por entonces era uno de los países más influyentes, culturalmente hablando, sobre todo en las capas populares de nuestras naciones. De la pujante San Juan llegarían después nombres como Daniel Santos, Ismael Rivera o El Gran Combo de Puerto Rico. Y todos ellos, por supuesto, inaugurarían una tradición que continuará hasta la actualidad, consistente en tener como destino final para las presentaciones artísticas de los llamados salseros, en el Ecuador, a la ciudad de Esmeraldas.⁷

Afirmar que la salsa reemplazó al currulao y al arrullo, al chigualo y al alaba'o, es apenas una forma de sintetizar la transición acaecida. Por tradición o costumbre, mas también por el trabajo llevado adelante por entidades como el Banco Central del Ecuador, estos ritmos y expresiones han podido mantenerse vivos aunque en condiciones precarias, casi como bailes folclóricos exóticos de una época ya pasada, destinados a entretener el turismo nacional y extranjero. Hasta iniciada la década de los noventas, por ejemplo, aún era posible transitar las calles de algún apartado barrio esmeraldeño y escuchar los tambores y cantos de los *chigualos*.⁸ En San

⁷ Para una crónica sobre una de las visitas de la popular cantante cubana Celia Cruz, a la ciudad de Esmeraldas, ver *Adiós a un símbolo latinoamericano*, Suplemento Imágenes, Diario El Mercurio, domingo 27 de julio de 2003, Cuenca, p. 7.

⁸ Especie de rito funerario nocturno, en el que resalta como eje central la presencia de los músicos encargados de interpretar los chigualos o cantos. Su finalidad es facilitar el viaje del bebé o niño fallecido, conocido como angelito o morito, especialmente si no ha recibido el bautismo católico. Una de las pocas personas a quien aún es posible encargar la realización de esta ceremonia es la folclorista esmeraldeña Petita Palma. *Los Chigualeros*, la orquesta de música tropical de mayor proyección fuera

Lorenzo, donde ha sido destacada la actividad desarrollada por escuelas de baile de tipo familiar, con nombres tan sonoros como *Berejú* (diablo), la tendencia era rescatar y conservar las manifestaciones folclóricas de la región a partir de una óptica más bien ortodoxa y purista. Del otro lado, en torno a Tumaco, las elecciones de las reinas mulatas a bordo de canoas ricamente ornamentadas han ido acompañadas no solo por la música de moda sino también por los populares y ya clásicos temas del folclor común: la infaltable *Caderona*, el contagioso *Andaréle*, el simpático y teatral *Fabriciano Carajo*, el *Caramba*, el *Sanfanito* (apócope de San Juanito), el *Bambuco*, etc. Por fortuna, los últimos años han visto una saludable tendencia de los habitantes de estas latitudes a rescatar lo que consideran propio, mediante investigaciones, festivales y encuentros de integración binacional afro.

Fue hacia mediados de los sesentas cuando el término *salsa* comenzó a ser acuñado por los músicos de origen cubano y portorriqueño residentes en los condados de Queens, Brooklyn, Bronx y Manhattan, en la ciudad estadounidense de Nueva York. Antes de ellos, la visión de lo afro-caribeño y de lo latinoamericano había sido aportada por figuras como Desiderio Arnaz o Dámaso Pérez Prado, el uno con lo exótico de su religioso pero rítmico *Babalú*, y el otro con la fuerza contagiosa del mambo que hizo popular. Serán Willie Colón y Héctor Lavoe, la más famosa pareja del género, los encargados de liderar con sus grabaciones la difusión internacional de los ritmos afro-cubanos, acompañados después por una pléyade de músicos que recibirán cobijo bajo el mecenazgo de Jerry Massucci, creador del sello discográfico Fania, y la dirección de Johnny Pacheco en lo musical. Pero en realidad el término *salsa* fue popularizado por el influyente Izzy Sanabria, quien pretendía con él introducir un solo término, en Estados Unidos, para que el público de ese país identificara los ritmos latinoamericanos de origen caribeño.⁹

del Ecuador, debe su nombre al término *chigualos*, género que interpretaba en sus inicios como grupo de música autóctona.

⁹ Una detallada historia de los orígenes de la Salsa, de la autoría de Loo Yen Yeo, puede ser consultada en español en el sitio electrónico www.salsa-merengue.net.

En esencia, la salsa es el son cubano; mas puede ser también la rumba, el guaguancó, la guaracha y hasta el chachachá. Lo que provocó que los pobladores de este territorio se identificasen con cada uno de esos ritmos, aunque a todo ello en conjunto se le denomine salsa, ha sido precisamente su clara e innegable dosis de africanidad. Algo parecido había acontecido ya con sus propios ritmos, que en los dos países que aquí nos ocupan empezaron a ser mejor conocidos bajo la denominación práctica de marimba, a pesar de que se hacía alusión a ritmos y bailes diferentes, no siempre dominados por la presencia de ese instrumento de origen africano. Por ello, no resulta extraño que en ciudades como Cuenca o Guayaquil se desconozca la existencia de un grupo salsero esmeraldeño llamado *Los Chigualeros*, que sin embargo es muy popular en Colombia y ha realizado giras por varios países europeos; o que los colombianos Joe Arroyo, Titanes, Guayacán¹⁰ o Niches viajen directamente a Esmeraldas cuando tienen presentaciones en Ecuador.

DESFILE DE ATAUTES

El asesinato despiadado de seis pescadores esmeraldeños, a bordo de su propio barco, podía a la larga ser interpretado como el resultado final de una gresca delincriminal entre hermanos. Pero el dolor y la sorpresa de la mayoría no permitiría una conclusión semejante. Las hipótesis iban desde un asalto en altamar, a cargo de piratas, pasando por un ajuste de cuentas entre contrabandistas, hasta la hoy en día no del todo descabellada de que fue alguno de los carteles colombianos del tráfico de cocaína. Aunque acostumbrados a manejar considerables sumas de dinero por la magnitud de la pesca que solían conseguir, se trataba de pescadores de origen humilde que por alguna desconocida circunstancia se involucraron con las mafias colombianas del contrabando. De todas maneras, al menos de manera pública nunca se llegó a saber quiénes fueron los responsables, si fue un asalto de piratas o un trabajo de sicarios ordenado no se sabe por quién.

¹⁰ Coincidencia o no, el guayacán llegó a ser un símbolo de la zona por su abundancia. Nelson Estupiñán Bass toma como punto de partida el tema de este popular árbol para su novela *Cuando los guayacanes florecían*, publicada en 1944 por la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Nadie se puso de acuerdo jamás sobre cuál fue el número exacto de esmeraldeños que se sumaron ese gris día de 1980 al entierro. Algunos dijeron que mil, otros que diez mil, y hasta hubo quien juró y volvió a jurar por los santos difuntos que fueron más de cien mil. Lo que sí resultaría cierto, o por lo menos esa es la aseveración en la que todos los interrogados coinciden, fue que la indignada multitud avanzaba a lo largo de cuerdas enteras de los barrios esmeraldeños: desde el balneario Las Palmas, en cuya pequeña capilla de barrio burgués fueron velados los seis pescadores, pasando por cada una de las "paradas" de buses que más o menos identificaban sectores de ese caluroso pueblo afroecuatoriano con ínfulas ciudadanas, hasta el viejo y congestionado cementerio.

Esa sería la penúltima de las mareas sobre las que flotarían aquellos seis marineros curtidos por sol y el viento del Pacífico y de otros océanos, antes de zarpar al otro viaje, a lomo de las olas de la nada, del todo o de la eternidad, según se lo mire desde acá. Parecían estar presentes los pescadores y sus familias, los vecinos, los moradores de las lomas, los personajes populares, la *Mama Licha*, el *Gavilán Pollero*, el *Robagato*, el loco *Antuquito*, el cojo *Chichirí*, la *Muda Lola*, la *Cachimba-braba*, la *Llorona* (el llorón, en realidad, pues se trataba de un homosexual asiduo de cuanto velorio tuviese lugar); aunque probablemente pocos o ninguno de los ricachones del barrio en que también vivían cuando no estaban en altamar, casi siempre de piel menos bronceada que el resto de los simples mortales nativos. En medio de la caravana, los ataúdes semejaban pequeñas canoas aparentemente a la deriva de esa marea humana que los despedía con dolor.

El Universo, el diario ecuatoriano más popular de entonces, apenas dedicaría al trágico suceso pueblerino una delgada, pequeña y poco llamativa columna interior, y poco a poco el asunto quedaría solo en la memoria de los familiares y amigos. La nave había sido encontrada flotando al garette cerca de Tumaco. A bordo, solamente un perro al que los asesinos habían alimentado con abundante carne de res, daba indicios de vida. Uno de los pescadores, a quien esa noche le correspondía el turno de guardia, fue el primero en recibir las descargas de los sujetos que llegaron desde el norte en una rápida lancha. De apellido Orejuela, su madre era una

tumaqueña cuya familia huyó a Colombia en los años de la revuelta conchista.¹¹ Familias como la conformada por los Orejuela Betancourt hicieron sus primeros años viviendo en varios poblados de la región, como La Tola, El Pampanal, La Barca, Limones, La Tolita Pampa de Oro o San Lorenzo del Pailón. Así, de sitio en sitio y de generación en generación, pero teniendo como ejes la isla de Limones, el pueblo de San Lorenzo y la isla colombiana de Tumaco, se vivirían hechos de la intensidad del paso tragicómico del primer avión por esos lares, del anuncio de la gigantesca ola que azotaría las costas de la región, o de la llegada apoteósica y conmovedora, cual si hubiese sido una de las arrebatadoras tormentas usuales en ese punto del Pacífico, del *Hermanito*¹²; la tala irresponsable y criminal de los bosques para la incipiente industria maderera, o de los mangles para la construcción de las rentables camarónicas; las incursiones, de cuando en cuando, de algunos frentes de los grupos guerrilleros colombianos, pero también de los paramilitares y, en las últimas décadas, de quienes se dedican al tráfico de cocaína con o sin relación con los anteriores grupos mencionados. Poco se habla de los desplazados del Chocó colombiano, que sufren en silencio las continuas masacres a manos de las fuerzas paramilitares, sobre todo en la zona ubicada a lo largo del río Atrato, subdividida en Alto y Bajo Atrato. De forma paralela, a todos estos males hubo que agregar una de las consecuencias del desordenado crecimiento urbanístico latinoamericano, influenciado por las imágenes del cine y la televisión de Estados Unidos: las pandillas juveniles.

MAS VIOLENCIA, CAOS Y TERROR

El flujo migratorio urbano desde estas poblaciones hacia la capital de la provincia coincidiría con el proceso de urbanización que comenzaba a operarse en el resto del Ecuador. Uno de los incentivos sería el inicio de la exportación bananera en cantidades sorprendentes, que haría de

¹¹ Carlos Concha Torres, político liberal esmeraldeño que se rebeló ante el gobierno central ecuatoriano, tras la muerte del general Eloy Alfaro. Fue hermano materno del coronel revolucionario Luis Vargas Torres, fusilado en Cuenca en 1887.

¹² El *Hermanito*, una suerte de estafador religioso que llegaba a los pueblos de la zona con ínfulas de mesías, es rescatado como personaje literario en la novela *Juyungo* (1942), del escritor esmeraldeño Adalberto Ortiz. Asombra la coincidencia con otro de similares características, utilizado por el peruano Mario Vargas Llosa en su novela "La guerra del fin del mundo", que puede ser interpretada como una característica más del realismo mágico que sería explotado hasta la saciedad por este y otros autores latinoamericanos mucho después de la aparición de *Juyungo*.

Esmeraldas la primera capital bananera del mundo antes de que las pestes, las huelgas, los sindicatos, la siempre temida sombra del comunismo y la explotación voraz de las compañías extranjeras provoquen el traslado de la explotación y aun del embarque hasta las plantaciones y muelles de la provincia de El Oro. Auténticas fortunas se hacían o desaparecían, de la noche a la mañana, tras la venta o la compra de tierras que se destinarían al banano, o tras la aparición de alguna plaga que arrasaba con la totalidad de los sembríos. Era la fiebre bananera y había que ser un campesino muy centrado para no ceder a la tentación de vender a los ricos, o de arrasar con las siembras de coco y caña para plantar banano, y descubrir luego que las compañías extranjeras no lo querían comprar por carecer de calidad de exportación.

Una vez en marcha el mecanismo de la migración, la capital provincial será para gran parte el destino final, pero no para todos. Quito, la capital del país, no está demasiado lejos a pesar de la xenofobia y sobre todo del racismo de los blanco-mestizos, y el largo viaje en barco hasta Guayaquil bien valdría la pena por las nuevas oportunidades. No faltaron quienes eligieron el Oriente (después Amazonía y Amazonia) u otras provincias de la Costa. Y antes de avanzar hacia allá, por supuesto, era muy digna de considerar la cercanía de los puertos colombianos. Otra rama de los Betancourt preferirá el puerto de Manta, en Manabí, sin sospechar ni remotamente que sus nietos y biznietos habrán de crecer sabiendo que en su ciudad está localizada una base militar estadounidense, encargada de intervenir en el derrame de sangre del pueblo colombiano, a través del apoyo al Plan Colombia.

El pescador Juan Orejuela y sus compañeros estuvieron entre las primeras víctimas esmeraldeñas, por contagio o más bien por error, de una pugna violenta y sangrienta que ha venido asolando a Colombia desde mediados del siglo anterior. Fueron civiles ecuatorianos que, inocentes o no, carecían de la certeza plena de la realidad en la que habían incursionado al tratar con interlocutores muy semejantes a ellos en lo cultural, mas harto diferentes en los métodos de consecución de propósitos. Habitantes de una misma zona etno-geográfica, las diferencias políticas de cada realidad comenzaron a marcar también sus respectivas formas de vida. A pesar de que las tendencias gubernamentales de cada caso se han dirigido a la separación,

la sabiduría de los pueblos como conglomerados humanos que asumen su realidad cultural ha sido siempre más fuerte. Si en otras épocas fueron los ecuatorianos quienes cruzaban hacia el Norte, llámense esmeraldeños, imbabureños, carchenses o amazónicos, hoy son los colombianos quienes se ven empujados a solicitar hospedaje en casa de sus viejos hermanos, como víctimas de un problema que no es reciente y que ya antes ha sido la causa de éxodos parecidos, pero que ahora se está recrudeciendo de manera dramática debido a la contundencia del Plan Colombia. En medio, la intervención vertical de Estados Unidos como autoproclamado policía mundial, que ha decidido invertir algunos millones de sus dólares para enseñar a los colombianos que la respuesta al caos terrorífico que viven es simplemente más violencia. Es decir, más caos y más terror para la población civil. En los últimos cinco años, los resultados de la aplicación del Plan Colombia se han traducido en una barbarie pese a no llamar ya la atención mundial debido al bombardeo cotidiano de imágenes a través de los medios: solo entre 1998 y 2002 las cifras hablaban de más de 20.000 homicidios, por lo menos 11.000 secuestros, 3.000 desapariciones, 1'250.000 desplazados, 25.000 refugiados, sin hablar de las cifras paralelas de viudas y huérfanos.¹³

CUANDO HABLA LA SABIDURIA POPULAR

Aquella sabiduría popular es la que aconseja a los ecuatorianos abrir las puertas de su casa al hermano en desgracia, con el propósito de sostenerlo mientras él vuelve a valerse por sí mismo; de darle un espacio mientras reconstruye su hogar. No aconseja, en cambio, firmar un convenio con un tercer país para que desde el suelo propio se avive el fuego de la tragedia que padece la nación hermana, a través de la llamada Base de Manta, una instalación militar norteamericana que hace apenas unos años era impensable en el Ecuador; y que ni gobiernos tan abiertamente proestadounidenses como el de León Febres Cordero se hubiesen atrevido a permitir. Si antes los ecuatorianos recibían a los colombianos al comprender el problema por el que estos últimos atravesaban, y a esa suerte de asistencia humanitaria entre vecinos se limitaba su acción; ahora en cambio,

¹³ Camilo González, *Hacia el 2006: Las encrucijadas de Paz y Guerra*, Instituto de Estudios para la Guerra y la Paz, Indepaz, 2002.

por decisión arbitraria e inconsulta de sus gobernantes, el grado al que se ha visto involucrado el país tiene las características de lo castrense, es decir de las armas, de la sangre derramada sin piedad, de la muerte. Y es que no se contribuye a la construcción de la democracia ni al establecimiento real de la paz en las dos naciones, si se permite que dentro del propio territorio otro país como Estados Unidos, cuya constante histórica ha sido el intervencionismo militar arbitrario, tenga "instalaciones operativas" destinadas a "misiones relacionadas con el combate del narcotráfico".¹⁴

No se contribuye a este cometido cuando se hace caso omiso de las denuncias escandalosas del tráfico ilegal de armas desde Ecuador hasta Colombia, para la guerrilla pero probablemente también para los narcotraficantes y los paramilitares, y por defender el tabú aquel del "honor de las gloriosas Fuerzas Armadas" se niega una realidad que ahora apenas está siendo revelada. Curiosamente, mientras se continuaban destapando los ilícitos del tráfico de armas, es decir del robo de armamento al Ejército ecuatoriano para ser vendido en Colombia a uno o varios de los actores de ese conflicto, en el Ecuador la administración de turno optaba por hacerse la ofendida y reclamar del mandatario vecino una rectificación de sus declaraciones. Si el lanza-cohetes con que se intentaba asesinar a un empresario colombiano no era ecuatoriano, como lo afirmara de manera pública el presidente Alvaro Uribe en octubre de 2003, ese apenas sería un malentendido diplomático de fácil solución. En el fondo, tanta declaración lírica y rasgamiento de vestiduras más da la impresión de ser un intento de desviar la atención hacia lo meramente formal. Saber lo que ha sucedido detrás de todo ello, conocer los nombres de quienes ordenan o permiten la substracción de un armamento que, en definitiva, pertenece al pueblo ecuatoriano y está destinado a su defensa, no al derramamiento de sangre de una nación hermana, es lo que en realidad importa. Mas para ello se requiere de mandatarios fuertes y limpios en todos los sentidos, que no solo lo parezcan sino que también lo sean.

¹⁴ Plan Colombia, aprobado por el Senado de Estados Unidos el viernes 23 de julio de 2000. Documento proporcionado por la Embajada de Colombia en Ecuador a la Revista Comentario Internacional, No. 1. Centro Andino de Estudios Internacionales, Quito, 2001, p. 163.

Pero tampoco se ha contribuido a la democracia cuando el Ecuador que renació en 1979 se comenzó a resquebrajar como Estado democrático tras las violaciones a los Derechos Humanos cometidas durante la administración social-cristiana de 1984 a 1988; cuando la burla del traspaso del poder ante la caída del histriónico y vivaracho Abdalá Bucaram parapetó al sillón de Carondelet a un ciudadano al que no le correspondía esa responsabilidad, y que por ello se pasó los pocos meses de su gobierno de transición alegando que el suyo era un gobierno "interino constitucional", a sabiendas de lo extravagante, por decirlo con algo de eufemismo, de aquella peculiar figura. No se contribuyó a la democracia regional cuando con el pretexto de legitimar con las armas el levantamiento indígena se derrocaba a un presidente elegido por el propio pueblo ecuatoriano, para luego presentarse como salvador de la patria y lanzarse de candidato presidencial. Y como la memoria política de las grandes masas no es tan consistente como la prudencia de la Historia sugiere, la ciudadanía catapultaba a la presidencia a su *Robin Hood* golpista, para así concluir corroborando la sentencia aquella de que cada pueblo tiene los gobernantes que merece tener.

LAS BONDADES DEL GLIFOSATO

Está demostrado que una convivencia pacífica es posible. Si tanto en tiempos difíciles como en épocas de armonía los moradores de esta gran zona del Pacífico sudamericano han logrado sacar provecho de lo que los identifica como de lo que los diferencia, por qué no pensar que también es posible hacerlo en otras zonas del Ecuador a las que están acudiendo los hermanos colombianos. Que existen riesgos es verdad, porque en toda migración no solo marchan las personas de bien que quieren trabajar de forma honesta, reconstruir su hogar y poner a salvo a su familia, sino también muchos delincuentes que ven en la relativa calma de la sociedad ecuatoriana una perfecta entrada para cometer sus fechorías. ¿Que el narcotráfico puede buscar resquicios para llevar adelante su millonario y criminal ilícito? Pues ya lo ha hecho, incluso antes de que los efectos del Plan Colombia comenzasen a ser visibles. El dinero fácil ha sido siempre una tentación para el hombre, y el ecuatoriano no está vacunado contra las tentaciones. Recuérdese, además, el gran sitio que ocupa Ecuador entre los países más corruptos del continente. ¿Qué otra cosa es, si no corrupción, que un prestigioso manabita, ex-gobernador de su provincia, se vea

involucrado en el tráfico de cocaína hacia México y con sus propias avionetas?, ¿o que un sacerdote católico sea de pronto responsable del manejo doloso de las aduanas del país? Si en Colombia se ha llegado a decir que la vida no vale nada, por los crímenes y atropellos a los Derechos Humanos que a diario se comete, en Ecuador habría que decir que la palabra empeñada y la honradez, el compromiso, la decencia y el respeto tampoco valen mucho.

Si somos vulnerables a los probables males que nos pudieran llegar de la entrada masiva de colombianos, es por nuestras propias debilidades como sociedad y por el desacertado manejo que de esta problemática tengan quienes están llamados a gobernarnos. Ha sido más bien una característica excepcional que el conflicto colombiano (que no es solamente bélico, que no es solamente político ni exclusivamente de tráfico ilícito de drogas) no haya convulsionado y contagiado a la sociedad ecuatoriana durante más de cincuenta años, y apenas ahora sea recrudecido debido a la arbitrariedad de un proyecto colombo-estadounidense en el que no han sido tomadas en cuenta las implicaciones de los países vecinos. A un problema que tiene diferentes facetas se le está dando un tratamiento exclusivo de tráfico de estupefacientes, presentando como oferta permanente de una sociedad que todo lo pretende resolver de forma violenta, a otra que está siendo ahogada por ella, precisamente el empleo irreflexivo de la violencia. La jugada del gobierno colombiano ha sido circunscribir toda su tragedia al tráfico de cocaína, para de ese modo tratar de resolver los otros aspectos de la misma. Y, claro, para lograr ese propósito no importa mucho que los vecinos del sur se vean o no involucrados, siempre que no intervengan en la soberanía colombiana.

Pero de forma lamentable muchos de los desplazados colombianos, que antes huían de la violencia ejercida por cada bando involucrado, a su drama han debido agregar los problemas generados por las fumigaciones, que son parte importante del Plan Colombia y defendidas a capa y espada por el gobierno de Estados Unidos. A través de propaganda diversa, la administración norteamericana insiste en el evidente deterioro de la naturaleza originado por la producción de cocaína, pero al mismo tiempo trata de minimizar las consecuencias sobre la salud de los habitantes de las

zonas fumigadas.¹⁵ Por una aparente coincidencia, las fumigaciones se han dado en mayor parte en la zona del Putumayo, fronteriza con Ecuador, en donde se concentra una gran parte de las reservas petroleras de la región. Los afectados por las fumigaciones han sido no solo colombianos sino también ecuatorianos, según lo denunciara la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (Conaie), organismo que para este momento ya no cuenta con el respaldo del gobierno con el que otrora se auspiciaban de manera mutua.¹⁶ Por el contrario, con una impresionante tozudez el gobierno norteamericano insiste, a través de su Departamento de Estado, en el carácter inofensivo de los productos que se utiliza en las fumigaciones, aunque de forma contradictoria repara en ciertas características nocivas:

Estudios de toxicología han demostrado que el glifosato es menos nocivo que la sal, la aspirina, la cafeína, la nicotina y hasta la vitamina A. La Agencia de Protección Ambiental de Estados Unidos (EPA) ha declarado que el glifosato no es cancerígeno y no presenta mucho riesgo de causar defectos genéticos en los seres humanos. El glifosato es levemente nocivo para las aves silvestres y prácticamente inofensivo para los peces. La cantidad mínima de la sustancia que los peces, las aves y los mamíferos retienen es rápidamente eliminada. El glifosato es tan benigno que se lo utiliza hasta para controlar la vegetación en las Islas Galápagos, uno de los ambientes más frágiles y protegidos del mundo.¹⁷

Quiérase o no, el problema colombiano dejó de ser exclusivo de ese país desde el momento en que se decidió acudir a la ayuda de Estados Unidos, casi como ante un redentor. Una intervención militar de este último contribuiría a desestabilizar la zona, pues Colombia mantiene fronteras no solamente con Ecuador sino también con Panamá, Venezuela, Brasil y Perú.

¹⁵ "La atención del público no se ha concentrado en tales problemas [daños al medio ambiente], ya que la publicidad se ha dedicado a hacer resaltar los efectos supuestamente negativos de los programas de erradicación mediante herbicidas, aunque el herbicida utilizado, el glifosato, casi no presenta riesgos para los seres humanos, los animales o el ambiente." *Los Andes en Peligro: Consecuencias Ambientales del Narcotráfico*, U.S. Department of State, p. 2.

¹⁶ Informe Técnico de la Comisión Internacional sobre los impactos en territorio ecuatoriano de las fumigaciones aéreas en Colombia, Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador, 2001.

¹⁷ *Los Andes en Peligro: Consecuencias Ambientales del Narcotráfico*, U.S. Department of State, p. 21.

Por ello, cualquier intento de solución debería considerar también las opiniones y propuestas de estos países, no porque no se requiera de la ayuda estadounidense, sino porque esa asistencia, conforme lo han señalado los propios norteamericanos, implica inyectar dinero para que los colombianos continúen destruyéndose entre sí. Y mientras todo eso acontece, unos y otros prefieren jugar el juego de las certificaciones.

Si los colombianos deciden solicitar la ayuda internacional para tratar de resolver su terrible conflicto interno, esa ayuda debe centrarse en el favorecimiento del diálogo y no en la intervención militar foránea. Ni siquiera los países que colindan con Colombia, y que de alguna forma están siendo afectados por el ingreso masivo de sus habitantes, tienen derecho a intervenir en un problema que compete resolver a la sociedad colombiana con absoluta madurez y franqueza. Mucho menos, entonces, tiene que hacer en la sub-región un país tercero que a manera de pretexto toma argumentos como el ataque a la siembra y producción de la coca y sus derivados, para supuestamente eliminar el consumo en sus ciudades, y el de declarar grupo terrorista a uno de los actores del conflicto para de esa manera tener vía libre de ingreso. No se trata aquí de defender las posturas de ninguna de las partes, pero si el gobierno colombiano es considerado legítimo por tener su sede en la capital y ser heredero de una tradición política de violencia y engaño, también puede considerarse legítima a la guerrilla que controla alrededor de un 40% del territorio nacional, y que por las características actuales del Plan Colombia y de los desplazamientos ha comenzado a incursionar en otro tipo de estrategia: la guerra urbana. En la contraparte, las Autodefensas, es decir los paramilitares que ven con simpatía al gobierno de Uribe.

Debemos procurar y pedir que en la lucha contra el narcotráfico sea un organismo internacional independiente, libre de presiones, el que certifique si tal o cual nación se ha esforzado y cumplido con sus compromisos. Las famosas certificaciones del gobierno estadounidense pueden ser juzgadas como una clara intromisión en los asuntos internos de otros países. Si no es así recordemos lo acontecido en torno al ex-presidente Ernesto Samper. Para la mentalidad pragmática de los estadounidenses, en el otro lado de la moneda, se trata de un mecanismo plenamente justificable si se considera

que el suyo es uno de los países más perjudicados con el tráfico de drogas desde las naciones latinoamericanas. En otras palabras, en las calles de sus gigantescas urbes deambulan los consumidores de esas drogas.

Lo curioso es el aspecto de doble moral con que se presenta a los ojos del mundo el discurso del gobierno norteamericano, a la par que la doble moral que está caracterizando al de los mandatarios de la región. Ernesto Samper era una figura presidencial *non grata* para el gobierno de Bill Clinton debido a sus vínculos con el narcotráfico colombiano, mientras que el actual mandatario es visto por la administración Bush con buenos ojos, a pesar de que se le atribuye haber tenido vínculos no solo con los paramilitares sino inclusive con los traficantes.¹⁸

Al mismo tiempo, más de un gobierno latinoamericano ha venido aceptando de manera favorable las certificaciones entregadas por cada una de las poderosas embajadas de Estados Unidos, cuando han sido positivas, aunque lanzando palabras al viento de vez en cuando emitan discursos líricos sobre la autodeterminación de los pueblos.

Desde luego que, sobre todo después del 11 de Septiembre de 2001 y de lo sucedido con Afganistán e Irak, ningún país de la región piensa, ni remotamente, enfrascarse en algún tipo de guerra diplomática o comercial en contra de Estados Unidos. Y, por otro lado, parece que no son nada despreciables para nuestros gobiernos las supuestas ventajas de la *ayuda* norteamericana hacia los países certificados. El uso que se de a tales recursos ya es otro tema. ¿Quién garantiza a los pueblos latinoamericanos que el dinero o lo que sea se gasta en lo que algunos analistas han denominado "el cumplimiento del cometido teórico para el que fueron destinados". Lo habitual ha sido que surjan denuncias de que con esas sumas se acrecentó la lucha antsubversiva o se reprimió a la población esgrimiendo un hipócrita control social necesario para que los aliados comerciales no malogren sus negocios. De la mano de todo ello lo más grave: las denuncias de violaciones a los Derechos Humanos. En la parte

¹⁸ Joseph Contreras, *Biografía no autorizada de Alvaro Uribe Vélez (El Señor de las Sombras)*, Editorial Oveja Negra, Bogotá, 2002, 280 pp.

aparentemente simpática del tema, y diríase que ajena a él, el no tan libre Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA), para cuya implantación los estadounidenses requieren una América Latina sin conflictos, tan solo lista para pelear en la guerra comercial.

Una ayuda real debe tender a la solución del conflicto a partir de la única instancia capaz de contribuir a ello: el diálogo. Promover el diálogo entre los diferentes actores del problema colombiano debe ser la propuesta de cada país hermano. A ese cometido deben comprometerse los gobiernos de la región, e inclusive Estados Unidos, si se espera que alguna vez ésta sea una de las zonas más pacíficas y pujantes del mundo. Ningún beneficio le aporta a esta causa la presencia de gobiernos débiles que haciendo un mal uso de la soberanía del pueblo al que deben representar, pero ante todo respetar, acceden a negociar con un tercero en asuntos que atentan contra la soberanía de un pueblo hermano. ¿Cómo pudo, en ese sentido, un hombre como Jamil Mahuad prestarse a firmar un acuerdo de la gravedad del de la Base de Manta, que significa poco menos que prestar nuestro patio para que ataquen a nuestro vecino por la espalda? ¿Cómo pudo el Congreso ecuatoriano aprobarlo? ¿Cómo pueden mandatarios posteriores, legítimos o no, ratificarlo sin siquiera un asomo de vergüenza? Esa es, simplemente, la más raquítica e hipócrita contribución a la paz de una nación vecina, y auténticamente hermana, que pueda hacer un Estado. Porque, de cualquier manera, es preferible imaginar que esa equivocada acción de Estado sea solamente la maquiavélica ensoñación de un reducido colectivo que obedece a tal o cual interés o presión, y no la voluntad real de todo un país conformado por alrededor de doce millones de suspiros inteligentes, o por lo menos sensibles a la realidad de los demás.

PUERTAS ABIERTAS

Y por esa vía apostamos. A los ecuatorianos no debería importarnos si los colombianos llegan y prosperan en estas tierras, mientras la plaza que ocupan sea un espacio propio y meritorio, que no afecte a ecuatoriano alguno. Mientras esa inmigración sea aprovechada al máximo, como un intento de paliar nuestra propia fuga de cerebros, de talentos y de mano de obra; mientras la llegada masiva de nuestros parientes lejanos no implique que alguno de nosotros se quede sin trabajo, o que alguno de nosotros sea

perjudicado por una eventual aparición de personajes que en su propio país de habitual residencia son rechazados por la sociedad, ¿por qué nó?

En tanto país, en tanto sociedad ecuatoriana, cada uno de nosotros debe aprender a ver en colombianos y en peruanos (esa otra realidad, esa otra hermandad apenas redescubierta) dos ejemplos palpantes de lo que nuestros propios migrantes afrontan en Estados Unidos o inclusive en España, en una actitud que debería avergonzar sobre todo a los habitantes de ese último país. Aunque a veces se los mira con suspicacia, como en muchas otras partes,¹⁹ en una sociedad tan discretamente racista como la ecuatoriana los colombianos blanco-mestizos suelen caer simpáticos; no así, en cambio, la mayoría de los peruanos indígenas-mestizos que abundan después de la firma de la paz entre Ecuador y Perú, en especial en ciudades como Cuenca o Machala, dedicados al comercio absolutamente informal. Las réplicas no podían ser mejores.

Adriana y Jorge son una pareja colombo-ecuatoriana, con alrededor de cinco años viviendo en la ciudad andina de Cuenca. Ella proviene de Medellín, en el Caribe colombiano, y él de Guayaquil, en el Pacífico ecuatoriano. En poco tiempo, con mucho esfuerzo pero también con la natural *chispa* que caracteriza a guayaquileños y a colombianos costeños, han logrado levantar un respetable, decente y rentable negocio a los ojos de la comunidad cuencana. Son claro ejemplo de lo que ha estado aconteciendo entre ecuatorianos y colombianas, entre ecuatorianas y colombianos desde siempre, inclusive antes de que unos y otros decidieran ser llamados así: buscarse y unirse. Eso es lo que hacen los pueblos alrededor del planeta, porque se saben y se sienten completos pese a que intentan cercenarlos, separarlos con la frágil espada de las fronteras.

La inmigración se está dando, y por varias vías. Nuestra emigración también. Intentar detener ambas formas de movimiento es tan absurdo e inútil que un gobierno que caiga en ese juego no merece otro calificativo que el de torpe. Y torpe ha sido, por ejemplo, la propuesta arbitraria de exigir una

¹⁹ Por lo menos en dos importantes aeropuertos estadounidenses, en Miami y en Nueva York, el autor de este trabajo ha sido testigo del trato denigrante y grotesco para con pasajeros de origen colombiano.

visa a los ciudadanos colombianos, como para estar a tono con lo que los españoles (esos otros primos lejanos que a veces nos reconocen y otras reniegan de nosotros) acaban de hacernos a los ecuatorianos no solo para ingresar a su territorio sino al de toda la Europa comunitaria.

La adopción de medidas alternativas para solucionar los problemas de vivienda, salud y empleo no solo de los ecuatorianos sino también de los miles de colombianos, requiere de un gobierno decidido y preparado para tomarlas. Eso es algo que, hasta ahora, ninguna de las administraciones que se han sucedido ha demostrado. Lo que debemos esperar, procurar y exigir, en el último de los casos, es que las autoridades que pusimos en el gobierno sepan manejar el problema de la inmigración colombiana (y el de la peruana y el de la cubana) con la suficiente inteligencia, decisión y valentía que se espera de administraciones que se respeten, pero tomando también en cuenta la dignidad de los pueblos hermanos, que es tanto como decir la dignidad de nosotros mismos. Exigir a nuestros gobiernos que si no pueden contribuir a solucionar el problema del vecino, tampoco contribuyan a entorpecerlo mediante concesiones de dudosa naturaleza a terceras partes.

Mientras tanto, sepamos tender la mano a un pueblo que haría lo mismo si las circunstancias fuesen a la inversa. Después de todo, esa es la lección que hemos aprendido durante decenas, cientos y miles de años: la constante búsqueda de una convivencia en paz y armonía, con respeto y decencia. Como lo han venido haciendo colombianos y ecuatorianos de los departamentos y provincias amazónicas, de los departamentos y provincias de la Sierra, de Tumaco y Buenaventura, de Esmeraldas, Limones y San Lorenzo, a ritmo de pasillo, vallenato, cumbia, marimba y salsa.

Ecuador, octubre de 2003.

BIBLIOGRAFIA

AGUILAR, Rodrigo

2003 *Adiós a un símbolo latinoamericano*, Suplemento Imágenes 225, Diario El Mercurio, Cuenca.

APULEYO, Plinio et alter,

2001 *Manual del perfecto idiota latinoamericano*, Plaza & Janés Editores, Barcelona.

BARRIGA, Franklin

1994 *La guerra de las drogas*, Fundación Instituto Ecuatoriano de Estudios para las Relaciones Internacionales-Ministerio de Información y Turismo, Quito.

CONTRERAS, Joseph,

2002 *Biografía no autorizada de Alvaro Uribe Vélez*, Editorial Oveja Negra, Bogotá.

CORDOVEZ, Diego et alter,

2001 *Revista Comentario Internacional*, Centro Andino de Estudios Internacionales, Quito.

ESPINOZA, Leonardo

1987 *Luis Vargas Torres*, Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Cuenca, Cuenca.

ESTUPIÑAN, Julio,

1980 *Instituciones y cosas de Esmeraldas*, Electrográfica, Esmeraldas.

ESTUPIÑAN, Nelson

1977 *Luces que titilan*, Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo de Esmeraldas, Esmeraldas.

ESTUPIÑAN, Nelson

1994 *Este largo camino*, Banco Central del Ecuador, Quito.

GONZALEZ, Camilo

2002, *Hacia el 2006. Las encrucijadas de paz y guerra*. Instituto de Estudios para la Guerra y la Paz.

HIDALGO, Laura

1990 *Décimas esmeraldeñas*, Visor Libros, Madrid.

JARAMILLO, Marco

1981 *Diagnóstico socio-económico de la provincia de Esmeraldas*, Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.

MONTANER, Carlos Alberto

2001 *Las raíces torcidas de América Latina*, Plaza & Janés Editores, Barcelona.

NARANJO, Marcelo et alter,

La cultura popular en el Ecuador, Esmeraldas, Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares, Cuenca.

ORTIZ, Adalberto

1982 *Juyungo*, Estella (Navarra).

PEREZ CONCHA, Jorge

1988 *La movilización integral del Ecuador*, Banco Central del Ecuador, Guayaquil.

VALAREZO, Galo et alter,

2001 *Ecuador-España: Historia y Perspectiva*, Embajada de España en el Ecuador- Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador, Quito.

VARGAS LLOSA, Mario

1981 *La guerra del fin del mundo*, Editorial Seix Barral, Barcelona.

YEN YEO, Loo

1999 *Historia de la Salsa*, Sociedad de Salsa y Merengue de la Unión de Estudiantes de la Universidad de Sheffield, www.salsa-merengue.net.

DEPARTAMENTO DE ESTADO DE LOS ESTADOS UNIDOS,

Los Andes en Peligro: Consecuencias Ambientales del Narcotráfico